

DE UNA CHARLA CON JOSE CLEMENTE OROZCO

P O R

JUSTINO FERNANDEZ

El Instituto de Investigaciones Estéticas, por medio de uno de sus investigadores, se dirigió al artista pintor José Clemente Orozco, con el objeto de que en una somera exposición expresara sus ideas acerca del arte, con el fin de darlas a conocer al público, desde estos Anales. Pero Orozco es un pintor a quien le gusta sólo pintar, y con toda cortesía rehusó acceder a nuestra petición.

La reconstrucción de las ideas vertidas en una conversación íntima, que aquí reproducimos, ha sido conocida por el mismo Orozco, quien ha tenido a bien autorizar su publicación, por lo cual le quedamos agradecidos. Si en algo nos hemos desviado de sus propios conceptos, estaremos siempre dispuestos a rectificar.

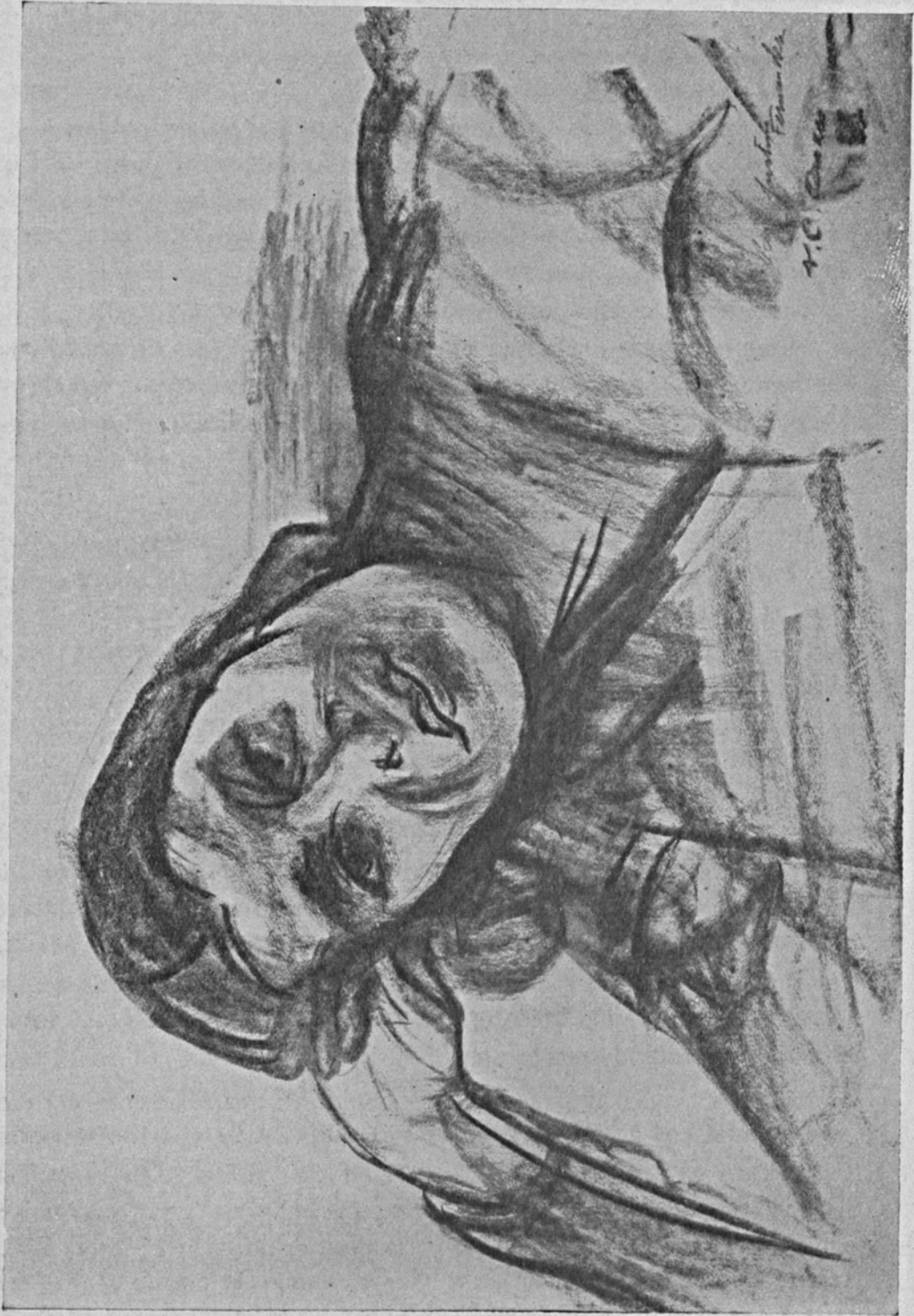
"FABRES era un maestro respetable por todos motivos, sus métodos de enseñanza lograban disciplinar a los discípulos y crearles un sentido pictórico apegado a la realidad; en la práctica del dibujo se llegaba al extremo de hacer comparaciones entre los trabajos escolares y fotografías

del modelo tomados desde el mismo punto de vista en que se colocaba el dibujante. Pero la Academia hizo un gran bien; sin ella, sin sus disciplinas, hubiera sido casi imposible llegar a los resultados presentes de la pintura". Tales ideas me iba exponiendo José Clemente Orozco para explicar cómo después de varios años de arduos trabajos, de experiencias continuas y de una fiel observación de la naturaleza, comenzó a producir dibujos y pinturas simplemente por divertirse, por darse el inmenso gusto de hacer su real gana. "...y cómo se va cambiando a medida que el propio desarrollo avanza" —agrega Orozco— "sólo que cuando un artista tiene auténtica personalidad, ya en sus primeras obras se encuentra el sentido, la índole de la forma, el lenguaje con que más tarde ha de expresarse".

Comprobar esto último en la obra del mismo Orozco es tarea fácil: basta con ver algunos de sus primitivos trabajos, aquellas emocionantes pinturas ejecutadas allá por 1913, para darse cuenta cómo, desde entonces, estaba ya perfilado, de cuerpo entero, el Orozco de 1922 y años siguientes. Porque, ya en aquellas obras, se muestra su sentido artístico, esa síntesis de la realidad que magistralmente ha desarrollado, y está patente su "daimon", su genio.

Orozco es un creyente, su fe no radica sino en una sola cosa: el arte. Para él la transmisión del mensaje estético que el artista trata de comunicar puede hacerse —con razón— a través de cualquier medio. Según sus mismas frases, el artista pintor tiene un gran parecido al actor de teatro, "a lo menos es un símil que puede ayudar a entendernos", dice Orozco. "El actor tiene que interpretar diversos personajes, y en medio de la variedad de tipos que representa, ser siempre un artista. A nadie ocurriría llevar a la cárcel a un actor que representase el papel de un ladrón o de un asesino; tales interpretaciones no son sino momentos pasajeros en su carrera, en los cuales expresa sus cualidades por medio de alguna figura de la realidad; pues bien, así como el actor, el pintor puede ejecutar temas diversos, sin que por eso deje aquí o allá de mostrarse tal cual es, animando el asunto con su personalidad y procurando hacer, en todo caso, una interpretación del tema —del mundo—que trata de representar". •

"Pintar temas antirreligiosos es imposible, sencillamente porque todo arte es en sí una religiosidad, y por lo tanto, cuando se cree exteriorizar un sentimiento antirreligioso, si se hace en forma artística, en verdad se está llevando a cabo una obra que en el fondo es religiosa. Los temas universales son los únicos que deben tratarse en la pintura mural, pues ésta, por su carácter, es un arte que se dirige a todo el mundo, lo mismo al más refinado crítico que al hombre de la calle, al vulgar. Como todo arte verdadero, debe



tener una respuesta relativa a la capacidad del espectador o interrogador que se sitúa frente él y así ser una cosa viva —animadora y animada— que vibre en el espíritu del que la contempla y sea capaz de establecer una correspondencia de emoción estética”.

Hay que darse cuenta del trabajo, del esfuerzo continuado que es necesario, y que Orozco ha realizado y realiza, para lograr un fondo de conocimiento sobre el cual moverse libremente; porque sólo con una serie de armas en la mano, o sea de problemas técnicos ya dominados, se tiene derecho a encararse, como él lo hace, a una gran superficie, completamente limpia, y organizar, controlándolas, fuerza, sabiduría y emoción, logrando así la síntesis milagrosa de la realidad, creando un mundo particular, profundo y por lo tanto universal, de formas “sui géneris”; un mensaje expresivo de clara comprensión, en la medida del alcance del sujeto que lo contempla.

Para Orozco el hombre es el punto de partida de toda creación, la cual sin remedio estará hecha según su propia limitación y convergirá a él. La construcción física del hombre mismo sirve de pauta a toda armoniosa proporción. Un pintor necesita encontrar el secreto de esa medida, que la tantas veces vituperada Academia se empeñaba en enseñar preponderantemente, basada en el estudio del natural, es decir, daba el alfabeto con el cual el artista podría expresar más tarde su propio mensaje. “Hay que volver la mirada en torno de sí propio”, me decía Orozco, “es de ahí, de la vida misma, de donde todo se crea; hay que estudiar al hombre en sí y en su ambiente”.

A Orozco se le ha imputado morbosidad, y hasta depravación, se le ha llamado también “redentor de la humanidad”, y se le han atribuido ideas que él mismo nunca imaginó, siendo en verdad solamente y por los cuatro costados un *ente estético* que se mueve y respira en la atmósfera de su propia creación. Si no se le considera así se atenderá únicamente al tema en su pintura, mas no al artista y, por lo tanto, al arte. Cual hombre de nuestro tiempo y cual nuevo humanista, Orozco ha vuelto los ojos a los textos originales —léase la vida— y ha descubierto aspectos desconocidos de la misma, que con certera maestría y con fogoso temperamento ha dejado fijos en sus grandes obras.

Puede decirse que Orozco no pasó por la pintura de caballete, desembocó de lleno en la pintura mural, y es allí donde se ha desarrollado con soltura, pero también con precisión de matemático. Sus temas casi pueden reducirse a uno solo: su interés en la vida, en la humanidad. Este tema bulle-

en su espíritu intranquilo, y por lo tanto, no exento de esperanza, si bien disfrazada en un escepticismo que en ocasiones llega al buen humor.

Orozco, maestro del lirismo, de la forma por excelencia, la humana; académico en principio, autodidacta, admirador del arte bizantino, trabajador responsable y esforzado, encarna en sí mismo, en su obra, un aspecto profundamente humano: ocuparse del arte impulsado por una necesidad de expresión, como resultado de una manera de entender la vida; así nada más, es lo que el hombre, el artista, Orozco, lleva en los más íntimos substratos de su ánima. Tenía razón cuando decía que todo arte (como toda cultura) es en esencia religioso.

He procurado reproducir algunas de las ideas que espontáneamente brotaron en una conversación con José Clemente Orozco, y de lo arriba expuesto podemos recoger, ya depurados, ciertos conceptos que el pintor tiene por básicos en la elaboración de toda creación pictórica que merezca ser considerada con categoría artística. En primer lugar se muestra partidario de la enseñanza académica como medio de disciplina, como fondo común sobre el cual debe destacar la personalidad del pintor; en segundo término, declara su ideal por la absoluta libertad del arte, en todos sus aspectos; en tercer plano, expresa su parecer sobre la temática en el arte, apegándose siempre a lo universal, a lo perenne, y, por último, en cuanto sitio, hace radical toda proporción de creación humana, en el estudio de las medidas —limitaciones— del hombre. (1)

Negarle la verdad del primer punto, cuando él mismo es ejemplo viviente de lo que significa la feliz combinación de un estudio profundo de la forma humana y de una original personalidad que traspasa los límites de la simple reproducción de la naturaleza, sería como tener los ojos vendados. A cuántos pintores de fama les convendría empezar de nuevo por el silabario. Respecto al tema segundo: la libertad, por la cual tanto se han desgañitado los artistas (y otros que no tienen esta calidad), encuentra pleno sentido cuando aquélla sirve, como es el caso en Orozco, para circunscribir al pintor a su propio mundo y le permite por lo tanto, moverse a sus an-

(1) La exposición de dibujos y pinturas de José Clemente Orozco que acaba de tener lugar durante el mes de marzo, en la Galería de Arte Mexicano (Milán 18), es la mejor ilustración en que pudiera pensarse para afirmar sus propias palabras. Toda su sabiduría y su fuerza de expresión están presentes en aquellas obras, estudios que le han servido en su mayoría para el desarrollo y ejecución de sus pinturas murales. Reproducimos con estas notas un dibujo de los que llevó a cabo durante su estancia en Guadalajara el año próximo pasado.

chas dentro de él. Ocurre pensar aquí en el desprestigiado concepto de “el arte por el arte”, pero el próximo punto, o sea el tercero, referente a la elección de los temas, nos da la clave para mejor comprender. No se trata ya de “el arte por el arte”, sino de “el hombre por el hombre”, según las propias palabras de Orozco, es decir, de un interesarse por la humanidad, desde sus aspectos más bajos hasta los mejores frutos de su espíritu, y todo ello, o cualquier fragmento, expresarlo por medio del arte que viene a hacer una abstracción de la realidad y una realidad de la abstracción, mezclando indisoluble y mágicamente una y otra. ¿A qué buscar ejemplos si en la obra de Orozco podemos comprobar la aplicación directa de los anteriores conceptos? Es que nuestro artista —como todo verdadero ente estético— siente el arte no de manera superpuesta a su personalidad, sino congénito a ella, como una forma —para él la única— de entender la vida, la propia y toda la demás. En cuanto al estudio del hombre en sus diferentes aspectos, nada podrá argüirse en contra del postulado expuesto por Orozco; quizá por vía del arte y no por otros caminos, algunos podamos mejor aproximarnos a su conocimiento. Ya en pueblos más antiguos que los griegos se habían descubierto y usado las medidas humanas como proporciones de toda creación y por algo el movimiento llamado Renacimiento tuvo en el hombre su centro de gravedad.

El observador atento podrá encontrar todos estos conceptos en la obra magistral que Orozco ha realizado, y otras cosas más encontrará también que no pueden ser explicadas en las escasas hojas de papel que encierran estas desaliñadas líneas.